

tase con más clara evidencia, que un mismo espíritu reinaba en entrambas.

Algo tocamos arriba de la gran veneración que tenía Rosa al divino Sacramento cuando se consagraba en la misa ó cuando en alguna iglesia se hallaba expuesto. Oía todas las misas que podía en el templo de Predicadores. Estábase allí hasta el medio día con tal quietud, silencio y recogimiento, como si estuviera en su centro. Eralo, sin duda, para Rosa la sagrada Hostia. Donde quiera que podía descubrirla su vista, allí se iba el corazón llevado del dulce peso é inclinación de su amor. De modo que, como advirtieron muchos, se le pasaban horas enteras sin pestañear, suspensa en mirar á Cristo en el sacramento, cuando estaba descubierto en el altar; y aun sin torcer ni mover un solo momento el rostro. Los conocidos y los que no lo eran, pasaban delante de la virgen casi tropezando con ella, cuando había concurso de gente, y entonces á ninguno conocía ni movía siquiera los párpados; atenta sólo á los oficios divinos, que en el altar se celebraban. El mismo tenor guardaba, observando la misma atención inmóvil, cuando en las cuarenta horas estaba el Santísimo descubierto, para que el pueblo le adorase. Allí se estaba fija desde la mañana hasta la tarde, puesta de rodillas, como si fuera de mármol, olvidada del comer y del beber, sin refrigerar el cuerpo, ni con una gota de agua; contentándose con las delicias y júbilo que percibía su espíritu con la presencia corporal de su amante Esposo. Asimismo pasaba también en la iglesia los ocho días de la octava de Corpus Cristi, asistiendo á Cristo presente todo aquel tiempo; causando admiración á sus confesores, que no alcanzaban cómo un cuerpo tan extenuado con vigiliias y penitencia podía tener fuerzas para genuflexión tan prolija, tan continua y tan penosa, juntamente con estar todo el día en ayunas. Parecía su fortaleza de piedra y de metal su delicada carne; lo que es tanto más de admirar, cuanto que el mismo santo Job, hecho á prueba

de trabajos y aflicciones, echaba en sí de menos estas propiedades, para tolerar con valor invicto las calamidades que padecía.

En los cuatro años últimos de su vida, en la Semana Santa, todo el tiempo que está el Santísimo cerrado en el sagrario y puesto en el monumento, ni aun de noche se ausentaba un instante Rosa del sagrado tabernáculo, ni se movía del puesto que había tomado el Jueves Santo para asistir á su dulce dueño. Estaba siempre de rodillas, cual si estuviera clavada; y permanecía en esta postura hasta el Viernes Santo, después de los oficios de la mañana. En todo este intervalo, olvidada de sí, de hambre, sed y fatiga, toda su ocupación y negociación era hablar y tratar con el Esposo; con tal veneración y reverencia, que en aquellas veinticuatro horas ni se atrevía á sentarse un momento ni á descansar un punto, arrimando á la pared el fatigado cuerpo.

No era más perezosa en rendir culto reverente al sacrosanto misterio de la Eucaristía, cuando estaba encerrado en la custodia aun cuando estuviera Rosa fuera del templo. Cuántas veces se ofrecía que la virgen ú otras personas nombrasen el admirable sacramento, hacía reverencia con inclinación profunda, dando á entender con estas demostraciones el aprecio que interiormente hacía de este venerable misterio. Si oía la señal que hacen las campanas al alzar en las misas, ó el repique de ellas cuando se descubre ó se reserva, no podía disimular la alegría, ni los saltos que el corazón le daba, ni el gozo que percibía su cuerpo, sintiendo efectos admirables con la memoria del Dios vivo, que se ofrece en el altar. Encendíanse en el rostro los colores y regocijábese el espíritu en el Señor, Bien y Salvador suyo. No podía verse harta de oír alabanzas y sermones panegíricos de este misterio inefable. Y los que una vez oía, después de algunos años los repetía casi con las mismas palabras, con facilidad increíble.

Por esta causa ningún trabajo de manos le era más

gustoso que el que empleaba en adornar los sagrados altares, el tabernáculo ó el monumento de la Semana Santa. Ponía gran solicitud en componer, coser y pulir los corporales, las cortinas de seda de los altares, los paños del cáliz, los manteles, y cuantos objetos sirven al sacrificio. Aquí empleaba todo el primor de su habilidad, ingenio y destreza; y no contentándose con las flores naturales, hacía artificiosamente curiosas rosas de manos y ramilletes costosos, fabricados con oro y seda de todos colores, sin perdonar gasto ó costa porque saliesen hermosos.

No llevaba su madre á bien la devoción costosa de la virgen. Quisiera que gastara menos tiempo en esta ocupación y que le emplease en hacer labor, con que se fuese ayudando y sobrellevando el gasto forzoso de la familia, que era mucha y menesterosos sus padres. Atendiendo á esta queja Rosa, cumplida la tarea de toda el día, que aplicaba al sustento de sus padres, hurtaba por la noche algunas horas al reposo y al sueño, para gastarlos en los ornamentos de los altares. Pareció también á sus padres espirituales, acaso porque en ello les impuso su madre, que era gastar mucho tiempo y quitarse el necesario para vivir, quien tan sujeta estaba á enfermedades y achaques. Diéronselo á entender, y ella respondió con una gravedad mesurada: «No quisiera que me tuvieran en opinión de tan delicada, que gastar una noche en servicio de mi Esposo piensen que es demasía, ó que me ha de hacer daño. ¿Qué mujer hay tan dejada, ó tan perezosa, que haga melindres de pasar una noche en peso en pulir las galas de su marido, para que al día siguiente salga lucido á la plaza y decente á los ojos de sus con Ciudadanes?»

Finalmente, tal era el afecto que tenía al Sacramento de la Eucaristía, que más quisiera gastar la sangre de sus venas derramándola en su defensa, que ofrecerle flores. No tardó mucho en llegar la ocasión. Descubrióse en la playa del mar Pacífico, cerca de Lima,

una gruesa armada de holandeses el año de 1615, por el mes de Julio; poniendo en cuidado y temor las costas marítimas del Perú, por ser inopinada su hostilidad y por no estar bien prevenidas para defenderse. En todas partes sonaba el estruendo formidable de tocar al arma, y en el interin el clero secular y regular se ocupaba en hacer públicas rogativas, sacando al Santísimo Sacramento, para que se empleasen en rogar á Dios les librase del peligro los que no podían manejar las armas. La vigilia de la Magdalena hizo la flota enemiga alto en el Callao, puerto muy importante del Perú, con designio de saltar en tierra y saquearla y destruirla. Con estas nuevas fué grande el miedo de la ciudad; dióse orden que saliesen hasta los eclesiásticos á impedir al enemigo el desembarque, por tenerse por cierto, que siendo la armada de calvinistas, no sólo tiraban sus deseos á despojar la ciudad con el saco y degollar sus habitantes, sino también á profanar todo lo sagrado, robar todos los templos y acabar furiosamente con la religión cristiana. En el interin Rosa, que en el templo de Predicadores, acompañada de muchas nobles matronas, esperaba el fin de estos alborotos, sólo temblaba de las injurias que se temía hiciesen los pérfidos herejes al Santísimo Sacramento, que estaba descubierto; «y que no contentándose, como decía, con vulgares desprecios, se atreviesen con rabia á pisarle.»

Llegó en aquella sazón una nueva, aunque incierta, tristísima, de que tuvo noticia Rosa. Decían que los enemigos de la fe habían saltado en tierra y que estaban ya sus tercios muy cercanos á Lima, marchando en orden á embestir sus puertas. Había esparcido este vago rumor la confusión que ocasiona el miedo, pero bastó para hacer desmayar del todo á las que estaban en compañía de Rosa. Levantando el grito, soltando las riendas al llanto, se daban por perdidas y muertas. Sólo la virgen estuvo tan lejos de temer ó mostrar cobardía, poniéndose en huida ó buscando donde esconderse, que como si hubiera rendido ejércitos valerosos

y esforzados, no podía disimular el gozo; teniendo por cierto se había llegado ya la hora felicísima, que le había costado tantos deseos y tantos suspiros, en que poder dar la vida y derramar su sangre por la honra y culto del Santísimo Sacramento, que estaba allí presente; y así llamando aparte á sus compañeras, recogiólas en la capilla de San Jerónimo. Allí con cara de risa comenzó á exhortarlas al martirio. Decía: «Que se les había venido á las manos una ocasión preciosa y afortunada, no menos que ser sacrificio cruento, á vista del incruento sacrificio del altar; ser víctima por la víctima divina que adoraban, y poner el alma y la vida en honra del cuerpo de Jesucristo que estaba descubierta.» Dichas estas razones, despidiendo resplandores del rostro, sacó con brío las tijeras del estuche y comenzó con alegría á cercenar las faldas, porque no arrastrasen. Recogió hasta los codos las mangas y tirando las vasquiñas las ciñó con la correa. Preguntada á qué fin hacía estas prevenciones, respondió: «Pongo haldas en cinta disponiéndome á la pelea; no quiero que me embarace el vestido, pues he de luchar y morir por el divino Sacramento. Así más brevemente subiré sobre el altar y allí expondré mi cuerpo como un escudo, para que reciba los golpes y las heridas que tiraren los herejes al cuerpo de mi Señor Jesucristo, sin apartarme un punto, hasta que pasado por muchas partes el cuerpo con las picas y alabardas de los impíos enemigos de la fe, caiga muerta en el altar. Yo rogaré á los herejes que no me quiten de un golpe la vida, sino que poco á poco me vayan desmembrando y me vayan haciendo menudos pedazos y dividiendo cada miembro en pequeñas partículas, con el fin de que todo el tiempo que en esto se ocuparen se detengan en ejecutar las injurias, que temo ¡ay de mí! han de hacer después á mi dulce Esposo.»

Esto decía, de suerte que, del centellear de los ojos, de la serenidad del rostro, del tono lleno de brío, y del gesto y disposición de la animosa virgen, se podía cole-

gir fácilmente que por defender el Cordero del altar estaba convertida en leona. Los circunstantes, aunque lo veían por sus ojos, no acababan de creer que era mujer flaca, sino amazona valiente la que hasta allí había sido ejemplar y modelo acabado de mansedumbre. Admirábales ver que una doncella tan modesta y tan delicada estuviese en público con tanto desembarazo, terciado el manto á los hombros, puestas de corto las vasquiñas, libres y desembarazados los brazos, ceñida por lo alto, y que armada solo con las cuentas del Rosario, con esperanza viva del martirio, desafiaba con agraciada ferocidad y denuedo la fatal hora, y hacía amenazas á la muerte como verdadera guerrera de Cristo.

No sosegaba un punto, imaginando que se acercaba el tiempo del conflicto; impaciente de la tardanza, ya daba pasos hacia el altar, ya hacía amagos de tomar puesto en lo más encumbrado, para defender la sagrada Hostia. Volvía luego los ojos hacia las puertas del templo, por si entraban los enemigos, para volar como águila y pelear valiente en defensa del viril sagrado donde moraba su Dios, resuelta á morir en la demanda. Bullía su sangre en las venas y arterias, deseosa de derramarse por Cristo. Pero fué su desgracia que mientras estaba esperando el combate y animaba á sus compañeras con palabras, con ejemplos y con acciones, llegó aviso que se había retirado el enemigo de la playa, levantando velas y engolfado en el Océano, porque el Almirante, súbitamente acometido de mortales accidentes, había hecho seña de recoger. Murió á las pocas horas y le enterraron los suyos en una peña muy alta que hace frente al puerto del Callao. Rosa, cuando respiraban todas y desahogaban el ánimo, despidiendo el miedo que le oprimía, viéndose de corto comenzó á tener empacho de sí misma. Y para volver decentemente á su casa, fué necesario detenerse hasta la noche en la capilla de San Jerónimo; con no pequeño dolor de que así se le hubiese escapado de entre las ma-

nos la ocasión fugitiva del martirio. Esto no obstante también se daba alegres plácemes de la libertad de su patria y mucho más de que no se hubiesen profanado la religión santa ni los templos.

Faltó, según esto, no el ánimo al martirio, sino el martirio al deseo solicitado antes con tantas ansias, y pesarosa después de que no se hubiese presentado ocasión de sufrirlo. Lloraba en varias ocasiones amargamente su infeliz suerte, considerando que el estado de ser mujer la impedía no poder ir á buscarle en las regiones más remotas y más bárbaras, logrando esta dicha á manos de infieles, dando mil vidas si las tuviera á mayor gloria de Cristo. Era extraño el sentimiento que tenía por no haber nacido en tiempos ó en reinos donde la persecución de los tiranos bañaba en sangre de mártires las calles, las plazas y anfiteatros. Parecíale inestimable la felicidad de los que alcanzaron aquellos tiempos, y pudieron firmar con la última gota de sangre las verdades católicas de la fe que profesaban. Decía muchas veces, despidiendo gemidos tiernos de lo profundo del alma, á Doña Francisca Hurtado de Bustamante, con quien trataba familiarmente: «¡Oh si tuviéramos alguna traza ó modo para hacer una fuga á las provincias de los bárbaros, y que los idólatras nos quitasen con crueldad la vida por amor de Cristo!» Finalmente cuando más no podía, entretenía sus deseos repasando en su imaginación varios géneros de tormentos que deseaba padecer por su Esposo celestial. Así intentaba con San Ignacio Mártir ser pan de Cristo, después de verse como harina molida con martirios; para corresponder de su parte á la caridad y amor que obligó al Pan de los ángeles á hacerse pan y alimento de los hombres.



CAPÍTULO XXIV

Celo extremado de Rosa por la salvación de las almas, que estaban en peligro.

QUIEN sentía en sí misma amor tan intenso hacia el Sacramento, en el que se oculta tras los velos eucarísticos el verdadero cuerpo de Jesucristo; no podía echar en olvido los miembros místicos de este cuerpo, cuando entendía que estaban en riesgo de perderse. Había aprendido á estimar, como es justo, el valor de las almas por el precio costoso con que fueron redimidas. Por esta causa todas las veces que ponía los ojos en los montes que ocupan lo interior de la América Meridional, era increíble el tormento que sentían sus piadosas entrañas, llorando la perdición de tantas almas de bárbaros, que, pasadas los nevadas cumbres de aquellos ásperos collados y montañas inaccesibles, poblaban los valles espaciosos; siendo innumerables los que, ciegos en su idolatría, heredada de sus antiguos progenitores, eran cautivos del demonio. Derramaba copiosas lágrimas sin hallar consuelo, considerando al reino de Chile vecino al Perú, donde cada día perecían para siempre millares de almas; después que sus feroces habitado-